

## ¿Contra los “valores” y la “moral”?

Desde hace algún tiempo viene martillándose en las conciencias de los salvadoreños —“martilleo” que se acentúa sobre todo en épocas electorales o cuando se discute sobre la educación nacional— que los problemas del país o la crisis nacional radica en la pérdida de sus “valores”<sup>1</sup>. Esta acentuación en los valores se ha vuelto para algunos en una obsesión nostálgica con amplias pretensiones de construir sujetos morales. Y es que en El Salvador, luego de doce años de guerra y con un proceso democratizador condensado de violencia, crisis y desencanto, los moralizadores de la sociedad se han convertido en los verdaderos agitadores de la conciencia social y, a la vez, en sus inquisidores.

Se llama aquí construcción de individuos morales a la configuración de sujetos, de personas “moralizadas”, a través de diferentes estrategias. Es la idealización que presentan muchos de estos moralizadores de nuestra sociedad de cómo debe ser el salvadoreño “virtuoso”, el buen ciudadano, entendido como sujeto portador de unos valores, cuyos contenidos han de haber sido asumidos también por sus congéneres y para lo cual se parte de una idea, tanto de la realidad como de ser humano. La moral no se entenderá aquí ni primera, ni fundamentalmente como un conjunto de valores o imperativos, sino —siguiendo a Zubiri— como una dimensión del ser humano, en tanto en cuanto éste opta por unas circunstancias (aunque ellas le sean negadas muchas veces) y con las cuales construye su vida. Por

tanto, no se tratará sobre los modos como se ha construido o se quiere construir esta subjetividad “moralista”, en el país; más bien, se quiere revisar sucintamente la apoyatura teórica, desde donde ésta quiere construirse. Al final, se pretenderá remarcar ciertos elementos por donde puede construirse una ética alternativa, que fundamente la moral.

Es muy sabido que con la modernidad se inició —aunque sus raíces se encuentran más atrás— la carrera señorial y, a la vez, la desgracia del sujeto, de la conciencia, del yo. A la par de este culto secular del individuo, la filosofía moderna continuó con la logificación o racionalización del mundo, cuyos orígenes para occidente hay que encontrarlos en Grecia. No obstante, ambos fenómenos —sobredimensión del sujeto y de la razón— eran constanciales el uno al otro: la subjetividad era básicamente el mundo interior, la racionalidad del individuo, su conciencia. Suele, en este sentido, citarse a Descartes como el iniciador de este espíritu, que irrumpe en occidente; sea como fuere, la construcción de la subjetividad no tenía ya impedimentos para comenzar con su larga empresa. Dicha configuración utilizó una serie de estrategias o “tecnologías”: en lo escolar, político, religioso, penal... Foucault, entre otros, ha sido quien ha realizado unos estudios muy interesantes al respecto. La metodología genealógica, que este francés utilizó para comprender los modos bajo los cuales se

1. Es más, en estos últimos días, a raíz de la invasión estadounidense y británica a Irak, se ha querido recalcar por algunos políticos nacionales e internacionales lo “justa” y “moral” de una guerra por pretender el establecimiento de un régimen democrático sobre uno dictatorial; que los objetivos de la invasión no son más que desterrar los mismos antivalores que estos pérfidos y perversos regímenes —miembros del “eje del mal”— han originado, en alianza con el terrorismo internacional.

ha creado el individuo occidental, reviste especial interés para la psicología, la sociología y la filosofía, entre otras disciplinas.

La ética occidental ha estado lastrada de una pasión por lo racional, la cual ha hecho decantar en el dualismo epistemológico y antropológico de mucha tradición, en nuestra cultura. Los verdaderos valores, los valores sin más, son aquellos que se identifican, proceden y se fundamentan en la facultad humana capaz de aprehender la ultimidad de la realidad: la razón. En ese sentido, los valores son racionales, son conceptos, orientaciones de conductas, emanadas de principios *a priori*. Ante ello, lo empírico, lo sensorial, lo material queda cancelado como fundamento de aquéllos. Y a la vez, el ser humano se concibe como un ser desmembrado, dicotómico, un compuesto de conciencia y corporalidad como le ha gustado llamarlo a la tradición filosófica occidental.

Ciertamente, los valores pertenecen al ámbito de lo racional-lingüístico, desde el momento que "valoran", sopesan, enjuician u orientan la actividad humana. La ética sería ese conjunto de valoraciones sobre el individuo como autor y actor. Empero hay que tener en cuenta, por el momento, dos aspectos: la realidad toda se puede reducir a lo racional-lingüístico, ni tampoco está lo suficientemente claro que el conjunto de esas valoraciones sobre el ser humano y su actividad, que constituyen la moralidad occidental, sean las mejores orientaciones o, al menos, las más aceptables.

Según Nietzsche, el mundo occidental ha invertido los valores: lo terrenal ha sido traspuesto por lo ideal, por lo conceptual, por el logos. Por ello, en boca de Zaratustra, pregonaba la fidelidad a la tierra, al "aquí y ahora" como se diría hoy. La ética recobraría así —con Nietzsche y con otros que le precedieron— su *status* histórico. Sin embargo, aunque este filósofo alemán quería derrumbar los cimientos de la ética occidental, era consciente que su sombra persistía. El modelo racionalista de la "moralidad" de nuestra cultura sigue mostrando sus agudos límites. Por eso, tenía mucho sentido el anuncio de la muerte del "hombre", divulgado por Nietzsche, porque invocaba una transformación de lo humano y de sus circunstancias. En la actualidad, por ejemplo, nos da que

pensar la crisis medioambiental, que es consecuencia de la entronización del individuo y de ciertos pueblos sobre la naturaleza y sobre otros; de la lucha individualista y competitiva por la existencia dentro del ámbito socioeconómico o de la dicotomía entre realidad social y realidad religiosa, reflejo de la ruptura entre lo material y lo espiritual; ruptura que evita tener un acercamiento más estructural sobre el asunto. Estos "valores" racionales no hacen, ni han hecho de nuestra civilización occidental la mejor de las posibles, mucho menos la posible entre las mejores.

Ahora bien, no se pretende aquí proponer nuevos valores a la ya larga lista que en los últimos años nos han presentado algunos documentos en el país. Mas bien se pretenderá señalar algunas insuficiencias de estos planteamientos, a la luz de lo expuesto antes. Por ejemplo, el informe de la Comisión de Educación, Ciencia y Desarrollo (convocada en 1994 por el gobierno de El Salvador), titulado *Propuesta: transformar la educación para la paz y el desarrollo en El Salvador*, resalta la crisis de valores que vive el país o la "crisis moral de la sociedad salvadoreña", la cual tendría su origen en múltiples causas, entre ellas, el conflicto armado. Para este informe, el papel de la escuela en la formación de valores tiene serias limitantes, debido a la desintegración familiar y a la influencia de los medios de comunicación social sobre la juventud, muchas veces incongruentes con el desarrollo cultural. La consulta especializada sobre el documento *Bases para el plan de nación* (1998), *Temas claves para el plan de nación*, comprende, en sus análisis, un apartado titulado "Ética en El Salvador." Este documento propone que la ética en nuestro país debe fundamentarse "en el concepto y en la visión de desarrollo sostenible, entendido como aquel desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades"<sup>2</sup>.

Ambos proponen una construcción de la subjetividad moral de la siguiente forma: el informe de la Comisión de Educación, Ciencia y Desarrollo (1994) sugiere que la escuela oriente a sus alumnos para que desarrollen capacidades sobre cómo aprender a seleccionar libremente, ejercitar la afirmación de valores, actuar de acuerdo al valor se-

2. *Propuesta. Transformar la educación para la paz y el desarrollo de El Salvador* (1994), pp. 8-22; 56-61; *Temas claves para el plan de nación. Consulta especializada* (1999), pp. 199-217.



leccionado, estimular la capacidad de repetirlo; y también, revisar e integrar mejor los contenidos de las asignaturas. El segundo documento en cuestión parte de lo que entiende por ética para establecer los mecanismos de una socialización de valores. La ética, sostiene, es el "conjunto de valores, creencias, actitudes y acciones, que constituyen los imperativos morales que los miembros de la sociedad debemos asumir e interiorizar para hacer posible la sostenibilidad de la sociedad, de las personas y de nuestra historia". Esta interiorización se hará a través de información sobre los verdaderos valores que la población debe asumir; también por medio de la sensibilización y la concientización de dichos valores, el refuerzo a través de premios y castigos para mejorar las prácticas éticas. Ambos documentos proponen la lista de valores que los hombres y mujeres del país deben asumir, digerir y exteriorizarlos, en orden a convertirse en verdaderos sujetos morales; estos son, la democracia, la paz, la libertad, la solidaridad, la verdad, la igualdad, entre muchos más.

Sin embargo, hay un aspecto fundamental que se pasa por alto. Aunque el documento *Temas claves para el plan de nación* desea fundamentar una ética para el país, en el desarrollo sostenible, sigue considerando a éste como un concepto, como un principio, como una definición. Lo ha dicho muy claro: "la Ética en El Salvador que proponemos se fundamenta en el concepto y en la visión de Desarrollo Sostenible." Y este "concepto de desarrollo sostenible —continúa diciendo— plantea los siguientes principios: 1. Satisfacción de las necesidades básicas de las personas...". La ética o la reflexión sobre la actividad humana no debería estar fundamentada en conceptos. Ya se insinuó arriba

que la realidad, sea ésta política, social, económica o cultural, no debe reducirse al ámbito racional-lingüístico. Es mucho más rica y compleja que aquél. De lo contrario, como declara el documento mencionado, algo tan contundentemente real como las necesidades básicas de la población se convierten en un principio o en un axioma, pero no en una realidad palpable e inmediata, aunque los autores estén llenos de buenas intenciones. Por su parte, el documento de la Comisión de Educación, Ciencia y Desarrollo sostiene la debilidad de la formación cívico-moral, en las escuelas, dado que éstas

se sitúan en un contexto muy contradictorio: desintegración familiar y medios de comunicación incongruentes con el desarrollo cultural de los individuos. La pregunta que se le hace, entonces, a esta propuesta es: ¿por qué no partir de esa "esa realidad concreta y contradictoria" y no de algo subsiguiente como lo es la crisis de valores?

Si la construcción de sujetos morales en el país, desde la óptica conceptual o racionalista, es la meta propuesta por los diferentes autores de los documentos anteriores, no se ve cuál podría ser la superación o transformación que se esperaría de la sociedad, pues los problemas o conflictos permanecerían. La imagen de ser humano, la antropología implícita o explícita que manejan ambos documentos —y con ellos las diatribas de muchos profetas moralizadores de nuestra sociedad— es la de un individuo escindido internamente; la de un "sujeto" cuya definición primordial radicaría en su racionalidad, pensamiento o como quiera llamársele. Obviamente, esta antropología se deriva de la visión de realidad que manejan y que tiene mucho peso a la hora de formular políticas, en áreas como educación. El informe de la Comisión de Educación, Ciencia y Desarrollo plantea unas ideas al respecto: "la vida —sostiene— es, en último término, una articulación de valores y un engranaje de símbolos derivados de la vigencia defectuosa o certera de dichos valores". Los valores —sostiene más adelante— "son el contenido de toda la realidad social". Tal parece que la vida debe refugiarse en la omnipresencia de los valores.

Ante tales propuestas, resulta refrescante releer a Ortega y Gasset, cuando afirma que el dato más radical e indudable del mundo es la vida. Pero esta

vida no debería reducirse a los valores o símbolos, tal como lo hacen los documentos aludidos. Ortega fue muy claro en no reducir la vida a mera conciencia. En ese sentido, se maneja un giro peligroso en la visión de realidad: la cultura está por encima de las otras esferas o ámbitos de la vida. Por el contrario, los valores y los imperativos morales son conceptos, ideas, creaciones histórico-culturales, por los cuales no es posible reducir la riqueza y complejidad de la vida o de la realidad en su conjunto. Con lo anterior no se está minusvalorando el terreno de los valores o el papel que puedan desempeñar en la comunidad humana. Para el caso de la vida, para que ésta pueda ser considerada humanamente posible debe tenerse en cuenta su perspectiva estructural. La vida humana no es solo experiencia de valores o mística; es a la vez experiencia fáctica, biológica, histórico-material. Algunos han sostenido que lo peculiar de la condición humana es su fragilidad, mortalidad y finitud (Hanna Arendt). Pero hoy más que nunca, esas características manifiestan de un modo fidedigno que, además de estar destinados a la fragilidad y a la contingencia, a gran parte de la población mundial no le es posible vivir su vida de una manera decorosa. Los ejemplos ilustrativos abundan. Un estudio económico reciente ha señalado que, desde 1950 hasta 1996, el PIB per cápita, en El Salvador, ha crecido tan solo el 1.07 por ciento anual; por lo que duplicar el potencial del bienestar económico de la población tomará 65 años<sup>3</sup>.

Se puede contra argumentar que esta consideración de lo humano —y de la realidad misma— como estructural es algo tan sencillo, tan evidente e, incluso hasta puede ser una obviedad sostenerlo, pero la verdad es que, como se ha advertido antes, suele pasarse por alto en muchos casos. La moral, en ese sentido, más que un conjunto de valores jerarquizados, de deberes o imperativos que se vierten sobre un sujeto considerado como tabula rasa resulta ser una dimensión humana, una cara de la vida humana. Porque, como dirá Zubiri, el individuo al ser capaz de elegir entre diversas posibilidades que sus circunstancias le presentan, y no estar predeterminado biológicamente a responder a situaciones estimuladas, posee una constitutiva dimensión moral. De ahí que su actividad psico-biológica, su vida, entendida como aquella situación o situaciones en las cuales se van apro-

piando de posibilidades que la realidad les ofrece (o impide muchas veces), es lo que prima sobre las elaboraciones simbólicas, que se hacen sobre la vida misma. ¿Por qué no hablar entonces de una crisis de la moral no por la pérdida de los valores en sí, sino porque las circunstancias socio-económicas y políticas actuales imposibilitan, impiden o niegan la plena realización de los vivientes humanos?

No obstante se puede recriminar que el poder de los valores, de la cultura, resulta ser tan contundente sobre los individuos que su consideración no debería pasar a un segundo término. Empero no se quiere desestimar al poder sociocultural como realidad que se impone sobre los individuos. Es evidente que sobre el recién nacido hay todo un haber humano que lo va configurando y haciéndolo a semejanza de ese haber. Son los "otros" los que se van introduciendo en los individuos, desde sus primeros años. Por ello, lo social y la cultura se convierten en una imposición ineludible. Por otra parte, el poder del lenguaje es también evidente. Ya Nietzsche había sostenido, en su *Genealogía de la moral*, que el origen del lenguaje se encontraba en los dominadores, cuando exteriorizaban su poder, al denominar unas cosas como buenas o como malas. Desde esa perspectiva, el lenguaje lleva inscrita su cuota de poder. Ello no está muy alejado de la realidad: piénsese nada más en las relaciones y los roles del hombre y de la mujer, en nuestras sociedades que, debido a la carga dominadora de nuestro lenguaje o de unos valores transmitidos por aquél, se legitiman como naturales o necesarios. Con todo, la eficacia del poder de lo lógico —entiéndase por ello como lo racional-lingüístico— ha sido tanta que nos ha hecho pensar muchas veces que la realidad está sujeta a sus legislaciones invariables.

Habrà que continuar, pues, replanteándose el problema de la moral en el país desde una óptica más estructural, como una de las dimensiones de la vida humana y desde una perspectiva que busque, más que ofrecer listas de valores jerarquizados, pensarlos críticamente, por qué esos valores y no otros. Pero sobre todo, que dichos valores respondan a la vida humana, en su realidad más integral para no convertirlos en conceptos, que escondan contradicciones internas entre sus formulaciones y las circunstancias. De ahí que las soluciones moralistas o desgarradoras no ofrezcan mayores expecta-

3. A. Trigueros, "El crecimiento económico en El Salvador de 1950 a 1996", en *Revista Realidad* (1998), pp. 41-42.

tivas, porque sus posturas redundan en la nostalgia de valores perdidos, cuyos basamentos reales han sido olvidados, inconsciente o maliciosamente.

En definitiva, la labor de lo racional-lingüístico no es menospreciada aquí. Tan solo debe entenderse su preciso trabajo dentro del ámbito al cual se hace referencia: fundamentar una ética, que responda a las verdaderas circunstancias humanas, después de haber reconocido tales circunstancias. Baste mencionar algunas claves o criterios, que sugieren posibilidades de por dónde habría que realizarla para el aquí y el ahora salvadoreño.

En primer lugar, no se debería considerar la construcción de una subjetividad moral desde el presupuesto que los individuos son recipientes vacíos o que se será "moral" en la medida que se adquieran ciertos valores, porque lo que se ha conseguido hasta ahora con ello es legitimar la construcción de una subjetividad moralista, es decir, acrítica, dogmática y fundamentadora de prácticas cínicas e hipócritas, en diferentes niveles de nuestra sociedad. El ser humano es moral, desde el momento que es capaz de elegir diferentes posibilidades. Esto no es una valoración, es más bien algo fáctico. El que el ser humano no sea concebido como un "animal racional", bajo la típica caracterización filosófica, sino como un "animal de realidades" (Zubiri), permite comprender mejor su realidad. La razón no desaparece, pero tampoco se convierte en la facultad "última" de la humanidad, en su proceso de intelección del mundo. Si bien es cierto que el ser humano es un ser con uso de razón, ésta no es una cualidad primera, ni primaria de su constitutiva realidad. El individuo humano se enfrenta ante las cosas y ante los demás como realidades y no como meros estímulos, tal como lo hacen los animales. Y es que en el proceso cognoscitivo, el individuo humano aprehende a lo "otro" como algo de suyo, como una realidad que posee sus propias particularidades y que le impele a aquél a dar múltiples respuestas gracias a que no se encuentra predeterminado biológicamente. La moralidad no le viene dada, pues, al individuo humano por el discurso o por la apropiación de ciertos valores. Al contrario, es una dimensión constitutiva de él, en la medida que puede habérselas con el mundo de manera distinta y, por eso mismo, puede manifestarse con múltiples respuestas ante sus circunstancias. Bajo esa perspectiva, hay culturas, hay esquemas valorativos diversos en nuestro mundo que permiten, ciertamente, cohe-

sión o diferenciación, inclusive entre los mismos miembros de una sociedad.

En segundo lugar, la consideración de un "aparato moral" inmutable y ahistórico, entendido como un cuerpo de valores e imperativos dentro de nuestra sociedad, debe ser sometida a replanteamientos, pues ni siquiera los defensores máximos del liberalismo contemporáneo, atemperado por las tradiciones, como es el caso de Popper, lo aceptan. Los valores que nuestra sociedad necesita deben ser repensados y no apuntar hacia ellos como a entidades suprahistóricas o autárquicas. Estos no poseen vida propia, sino que sus contenidos parten de las situaciones concretas, en donde son elaborados por los seres humanos. El que se proponga la democracia como valor a alcanzar, en contraposición al autoritarismo vivido por muchos años —cuyos fantasmas continúan manifestándose todavía en diferentes prácticas—, debe llevar a plantearse una democracia como forma de vida y no meramente como un método político, en el cual los ciudadanos se ven favorecidos para elegir a sus gobernantes. La democracia como forma de vida implicaría su ampliación a los diferentes ámbitos: la familia, la escuela o las relaciones laborales. O que cuando se apela al valor de la libertad se espera que sus contenidos se amplíen más allá de la "libertad negativa" (libertad para competir en el mercado o libre expresión), porque aunque ésta es necesaria no comprende a otros miembros de la sociedad. Debe tenerse en cuenta a la vez una "libertad positiva": aquella en la cual el desarrollo de capacidades y potencialidades individuales y comunitarias es efectivo.

En tercer lugar, es positivo el hecho que los documentos a los cuales hemos aludido antes reconozcan en el diálogo y el consenso un vehículo para fundamentar una ética. Hoy más que nunca se hace necesario un "pensar respectivo" (Jorge Alvarado), en el cual se alcancen elementos mínimos para que la convivencia sea más humana. Y decimos "elementos mínimos", porque la tarea de la fundamentación de la ética debe partir del consenso de muchos sectores y fuerzas sociales, no de la imposición de orientaciones e imperativos. Debe partir y a la vez debe fundar el diálogo. Pero como el consenso y el diálogo implican diversidad, pluralidad y particularidad de pareceres, se hace necesario alcanzar mínimos, que todos podamos respetar y cumplir. Por ello se han ganado mucha confianza las éticas del discurso argumentativo. Apel ha dicho que, si bien el recurso del

diálogo y del discurso argumentativo resulta convertirse en un medio idóneo para alcanzar logros significativos en pro de la humanidad, en las presentes circunstancias, este recurso puede adolecer de inconvenientes como el chantaje o los consensos dirigidos a beneficiar a las partes dialogantes, excluyendo a otros individuos, grupos o sectores. Es así como superando el “yo pienso” kantiano, Apel se propone fundamentar una ética discursiva, desde un “modo pragmático-trascendental”, en donde se presupone que todos los participantes del discurso argumentativo ni buscan salidas estratégicas para beneficiarse a sí mismos, ni puede ser rechazado el argumento por escépticos o relativistas, ni tampoco en el diálogo pueden olvidarse todas las soluciones que benefician a la humanidad, en el “mundo de la vida.” Por tanto, en un diálogo se presuponen tanto las condiciones histórico-culturales y éticas de los participantes (comunidad real de comunicación) como las condiciones universalmente

válidas de todo diálogo (comunidad ideal de comunicación): el respeto a los derechos de los interlocutores, la búsqueda de soluciones no estratégicas o chantajistas, etc. Sin embargo, la sombra del cínico persiste, así como la exclusión real de países, sectores o grupos, en un diálogo que busque soluciones a los problemas más agobiantes de los seres humanos —tal como lo ha indicado Dussel, en repetidas ocasiones—. Para tal efecto se hace necesario que, previo a ese principio de la ética discursiva, a esa idea reguladora, haya un acuerdo común de algo tan evidente, que no pueda pasar desapercibido. Y por lo mismo, ello nos lleva no a incursionar en el plano valorativo o discursivo, sino en el plano de la realidad, en tanto que realidad (plano de la realidad físicamente considerada).

**Sajid Alfredo Herrera**  
Catedrático del Departamento  
de Filosofía de la UCA

